

Carlos Préndez Saldías

Viñetas de los cerros

EL JOROBADITO.



OR Rosario, la ordeñadora, y Artemio Marabolí, peón caminero, dicen las lenguas del caserío que vino al mundo la horrible joroba de Inocencio.

Doce años tiene ya el muchachito deforme. Cabeza alargada, frente escasa, ojos saltados, sin pestañas que los amparen, camina afanosamente, moviendo en un lento compás las huesudas piernas que mal le obedecen.

Está en la estación al arribo de cada tren, y las monedas de los viajeros pagan su merienda en el rancho que lo tolera. Se resigna a que las gringas supersticiosas le toquen la joroba prominente, y sonríe sin ganas, mientras guarda en sus bolsillos las monedas argentinas y uruguayas que luego habrá de cambiarle con usura el comerciante palestino que llega hasta los cerros el primer domingo de cada mes.

Le huyen los rapazuelos de su edad, y le hacen bur-

la desde lejos, llevándose las manos a la espalda y agachando la cabeza hasta la altura del vientre. Inocencio les mira sin rezongar, amargado por su impotencia para defenderse de los truhanes, y no tiene otra venganza que hacer sonar en sus bolsillos, cuando pasan frente a él, las monedas de plata que juntara en la estación.

Los muchachos, aunque pretenden aparecer indiferentes, cuando oyen las sonajerías de las monedas envidian la joroba de Inocencio, el abandonado por Rosario y Marabolí.

LEÑADOR.

Sale con el alba y toma el sendero del bajo, hasta llegar al bosque. Lleva dos mulas de tiro y el hacha grande sobre un aparejo.

Al aire el camisón áspero de mezclilla azul, enarbolando el hacha y de un solo golpe voltea el brazo que tiene más a tierra el verde espino en flor. El eco del hachazo va hiriendo los árboles hasta quedarse perdido entre las lianas, y otro y otro golpe hacen sonora la trabazón verde que no deja mirar el sol.

Ya derrumbó el espino, ha cortado los troncos para hacer las cargas, y se sienta sobre dos muñones del árbol.

Insensible a la obra destructora que le da el pan de los suyos, tiene verdadero amor por el hacha que le ayuda. Limpia el filo, que luce como plata, con una punta de su camisón azul, y mira que no se haya dañado.

Con un roto saco triguero tapa los ojos de una mula, hace la carga, y repite la faena con la otra. Es mediodía. Ya va caminando hacia el alto, alegre porque lleva la lumbre al caserío que le aguarda.

El leñador ignora que la selva tiene corazón.

LA ENFERMA.

La trajeron sus padres cuando la primavera desentumía el valle. Está en la casa de Polanco desde hace tres meses, y no es mucha la mejoría que toma.

Se levanta cuando el sol está a plomo; acomoda junto a la noria el piso de paja ennegrecida, y mira hacia el camino que va al Juncal, fijos los ojos en la polvareda luminosa que hacen el agua saltarina y el relente de agua y de sol.

Rubia es, celestes los ojos dormidos, y tiene en el rostro una tristeza aposentada que da tristeza cuando se la mira.

Apenas siente que una brisa liviana mueve las hojas del pimiento, coge el piso y entra a la casa de piedra que la guarda. Ahí se queda, con sus sueños y sus esperanzas, viendo cómo crece y se hace viento atropellador la brisa del mediodía.

No conoce otro camino que el que la trajera. Lánquidamente, por la ventana echa los ojos a las veredas de los cerros que cruzan las vertientes cantarinas; atisba el vuelo de los pájaros audaces y mira cómo se acercan al valle las nubes plumizas de la lluvia.

Algo espera la niña enferma, algo que se retrasa, y que la meica del caserío asegura que es la muerte.

NIÑAS ALEGRES.

Morenas las dos, sin gracia el cuerpo petizo y firme de montañesas, ayudan a la madre en el diario amasijo y van por la leña de espino con que habrá de caldearse el horno casi en ruina, y ya al atardecer se ponen el vestido dominguero—rosa y celeste—para aguardar que retornen hacia el bajo los trabajadores de la mina.

Los mocetones, en grupos bulliciosos, sin el cansancio de la faena cumplida, pasan frente a la casa de la viuda y hacen fiestas, con las manos y con la voz, a Venancia y Ermelinda. Las muchachas sonríen, con la esperanza de que alguno se detenga, y les miran alejarse hacia el puente de cimbra. Otros y otros grupos vienen del alto, y pasan alegremente. Dos mineros rezagados, contemplan con malicia a las montañesas en abandono. Son afuerinos, y desde ayer no más trabajan en la Mina Colón.

Las muchachas, que conocen a todo el hombrerío, se hacen cruces ante los desconocidos que las provocan. Les miran sin interés y esquivan la cara, desdeñosas. Su reputación de honradas niñas alegres no puede fiarse del primer aparecido en la montaña.

LA TROPILLA.

Los dos arrieros, el viejo y el mozo, llevan a la Argentina carga que no se sospecha.

La recua de mulas—alazanas, pardas, cenicientas—sigue el cencerro de la yegua madrina, deteniéndose las que van adelante para ramonear los arbustos de la senda.

Tilín, tilín... Y se zangolotean, al son del cencerro de bronce, dos cargas mal ajustadas. El mozo se adelanta, deja sueltas las riendas de su macho y acomoda, suspendiéndose, tomado de la carga, primero de un lado y en seguida del otro, las jabas que no se ajustan.

El sol es una brasa sobre la carretera. Detenido a la sombra de un boldo, el viejo espera al hijo retrasado, y las mulas se desbandan, mordisqueando las hierbas olorosas.

—Mala seña, dice el hijo que le alcanza—. Siempre que la carga se zangolotea se desbarranca una bestia. Ya nos pasó en el último arreo.

Y siguen, tilín, tilín... Pensativos bajo el sol calcinante, esperan que se cumpla el mal augurio del viejo.

Atraviesan la tarde, les llega la noche humedecida, y todavía hay silencio entre los arrieros que aguardan ver cumplida la mala esperanza.

Tilín, tilín...

MISIONEROS.

A componer hogares mal avenidos, a enseñar la doctrina cristiana a los pequeñuelos, a dar su voz de paz a las que subleva el credo igualitario, vienen cada semana dos misioneros de Los Andes.

El hermano Julián, enflaquecido y amarilloso, da charlas sobre moral bajo el alero de la estación del ferrocarril, y no es mucho lo que entienden quienes le escuchan. Cuando habla del amor al prójimo y del temor a Dios, ya es otra cosa.

El hermano Benito, con su juventud rebosante, dedica sus horas a visitar los hogares lugareños, a poner armonía donde hay resquemores estridentes, y ha conseguido que más de un noviazgo retrasado—peligro de buenos propósitos—sea hogar nuevo en la comarca.

Cuando el sol está por esconderse, y no asoma todavía la estrella de la tarde, el hermano Benito toma el camino de Guardia Vieja, que bordea el río, y sólo regresa a la posada cuando la luz está muerta.

La maestra asegura que lo ha visto ensimismado ante el correr de las aguas, detenido junto a los cañaverales, hablando a la sordina al viento que pasa, y que se queda en silencio cuando el aire reposa. Sufre, acaso, el anhelo de que sus palabras lleguen hasta una lejanía que sólo él conoce, y teme que sin las alas del viento su voz pueda quedarse en el valle estrecho que lo acoge.

El hermano Benito tiene una juventud rebosante.

EL DESARRAIGADO.

Justino Abarca bajó al pueblo en la adolescencia y ha vuelto hecho un mocetón, de espaldas anchas y rostro menos obscuro. Se hizo herrero en el bajo. Tuvo allí el hogar con una pueblerina de mala sangre, y le

quedaron dos hijos pequeños cuando la mujer se fugó con un carrilano.

Lo reciben los padres con admiración jubilosa. Traje de diablo fuerte, botines de cuero engrasado, sombrero pajizo de ala corta, como en los pueblos. Abraza a los viejos y pregunta por los conocidos. Sólo dos han muerto, que tenían su misma edad.

Se muestra incómodo en el banco desvencijado. Mira las grietas de los muros, las vigas toscas sin pintar, el suelo terroso, con uno que otro ladrillo suelto. Piensa, sin decirlo, en su cuarto, allá en el bajo, y sabe que no podría vivir entre los suyos.

El padre le habla de la siembra, de la mula que comprara en Río Colorado y de los nuevos aperos que ha hecho para su tropilla fletera. Apenas si le escucha, perdido el cariño a la vida de los cerros, aquerenciado en las callejas polvorientas de su rincón provinciano.

A su turno, cuenta a los viejos su matrimonio, la llegada de los dos hijos y la fuga de la mala esposa. Se humedecen los ojos de la madre, mientras el viejo desata su plática conminadora: —Dejaste lo tuyo, lo que fué de tus mayores y es de nosotros, por ir sin rumbo al pueblo maldadoso. ¿De qué te sirve el oficio aprendido, si ni mujer tienes que se arrime a tu soledad?

Justino retuerce nerviosamente la cadena de chafalonía que le cruza el pecho, mira al padre y le dice con altivez: —Es cierto que he sufrido; pero ya no soy un hombre más en estas cordilleras miserables.

EL ALBA.

No es todavía claridad la luz del amanecer. Manchas de sombra en las quebradas, grises los faldeos del sembrío. Apenas si algunos pájaros madrugadores se aventuran a volar, y está en la lejanía lechosa el anuncio del lucero.

Es nítida la voz del río; la brisa débil que nace inclina con ternura los cañaverales de la ribera, y las nubes que durante la noche se posaran en las cumbres más altas empiezan a teñirse rápidamente de amarillo. Ahora aparece sobre el gualda un rosa desvaído, y luego un naranja intenso ilumina el macizo de las cumbres, que cambian de forma al toque firme de la luz. Arde el horizonte de colores, revive en los árboles el tono verde que sufría la pátina de la noche, y por senderos y caminos baja hasta el angosto valle cordillerano la mañana que se despereza.

PASTORCILLO,

Antes de que empiece a caer la tarde el niño pastor se va por el roquerío, agarrándose de los arbustos, y trepa lentamente el Cerro de la Cruz. El piño de cabras ha llegado casi hasta la cumbre, y no obedece a los ladridos del perro que lo cuida.

El niño lo azuza con gritos largos y constantes. El perro, obediente, mantiene sin fatiga la faena de su ladrido; pero las cabras siguen ramoneando, imperturbables en su famélico señorío.

Jadea y maldice el niño pastor. Va todavía a medio cerro; las luces empiezan a irse con premura, y sólo algunas cabras hacen el regreso. Se detiene en una planicie, tira guijarros al rebaño montaraz y da nuevas voces al perro, que vuelve a su ladrido penetrante.

Sube y jadea el pastorcillo malhumorado. Ya está en lo alto. Las cabras descienden con rapidez, y sólo una se rezaga, mordisqueando afanosa el brote primaveral de un espino.

Es la noche caída cuando el niño y el rebaño llegan al plan. Las madres quedan en el corral cercado de ramas secas, y las crías en el chiquero contiguo.

Los pastores viejos reprenden con severidad al hijo que se retrasara en el trabajo cotidiano.

EL CABO.

Es flaco y amarilloso, de pómulos salientes y ojos hundidos, el cabo segundo de Carabineros que impone su autoridad en el pobre caserío de la montaña,

La meica lugareña dice que está apulmonado, y que sólo un milagro podría afirmarle la salud. —Estos aires de cordillera alivian mucho, pero no resucitan pecadores.

Recorre al paso, en su caballejo obscuro, desde Guardia Vieja a Riecillo, y los muchachos se esconden cuando divisan al jinete de gorra verde al tranco lento de su bestia. Las madres les amenazan con entre-

garlos al cabo ceñudo a cada bribonada que cometen, y todos se sienten prisioneros del vigilante enfermizo.

Mientras el cabo hace su recorrido queda en el retén el carabinero subalterno, a la espera de que un llamado telefónico turbe en mala hora su paz inalterable. Pero se alejan semanas y semanas, y nada ocurre en los alrededores. «Sin novedad» es la diaria anotación con que se va llenando el libro grueso de tapas verdinegras.

Las águilas certeras hacen mermar las crías de los rebaños, y una sola lamentación se escucha entre los pastores: — Los carabineros de nada sirven, que aquí nunca robaron los cristianos.

LA TABERNA.

En la casona de piedra, a la orilla del río, está la única taberna de la comarca.

Desde el camino se ven, por la puerta ancha y baja, el mesón grasiento y la estantería llena de botellas.

Cuando no tiene parroquianos sedientos, Nicolás Vergara sale al camino y espera bajo el sauce, arrellanado en un sillón de mimbre, que los arrieros cordilleranos asomen con su tropilla de regreso.

Desde el techo de la taberna, colgadas de las vigas de pino, se ven monturas, estriberas, riendas trenzadas y dos mantas de colores. Son las garantías que dejaran al amo exigente algunos bebedores sin dinero. De un clavo alto, adonde nadie podría alcanzar, cuelgan dos espuelas de plata, con grandes y finas rodajas lumino-

sas. Representan una deuda ya vieja, de un arriero que está en la cárcel del pueblo pagando sus trajines de contrabandista.

Cada seis meses, con puntualidad constitucional, el tabernero hace la liquidación de las prendas no rescatadas. Y todas vuelven, invariablemente, a quedar bajo su custodia honorable.

Los mineros y los peones del ferrocarril, que trabajan de sol a sol, convierten en áspero vino el jornal angustioso, y Nicolás Vergara, satisfecho de su misión de samaritano, les da las buenas noches cuando al amanecer de cada domingo abandonan la casa de piedra, a la que entraran el sábado, a mediodía.

Se habla, acaso sin razón, de que el traficante en vinos se ha enriquecido en pocos años; pero nadie repara — ¡inmisericordes! — en su vida de exilado junto al río, perdida la sed anhelante que le mortificara cuando mozo, viendo como paladeaban sus caldos traicioneros los mocetones y los viejos del lugar.